

LOS-RIOS, Jean-François de, *El arte científico para conocer y ejercer el comercio de la librería*, Madrid, Turpin, 2013, 62 pp.

Alberto Gamarra Gonzalo
Universidad Nacional de Educación a Distancia
gamarraalberto6@gmail.com

La carencia casi total de documentación privada generada por la actividad profesional de impresores y libreros españoles, sean libros contables, correspondencia u otro tipo de documentos, se constituye en un poderoso obstáculo para una verdadera comprensión de la industria editorial en tiempos modernos. Salvo algunas nutritivas excepciones¹, la mayor parte de este patrimonio documental ha desaparecido por completo por variadas circunstancias: el inferior desarrollo de la industria del libro en nuestro país, reducida supervivencia de un negocio editorial más allá de dos o tres generaciones o distintas políticas o criterios de conservación archivística frente a países vecinos. Por ello nuestro conocimiento de la economía y comportamientos comerciales de estos profesionales del libro en estos siglos ha tenido que valerse principalmente de una fuente, la de los protocolos notariales, que si bien rica en detalles arrastra algunos problemas, entre ellos, el carácter aleatorio y episódico de sus detalles así como su costosa exhumación. Ello dificulta ambicionar trabajos de carácter serial o comparativo (por ejemplo, costes de producción y beneficios, número, temática y consumidores de libros o rentabilidad de un establecimiento) y restan la posibilidad de conocer, desde la perspectiva de un librero e impresor, su propia realidad profesional y social: sus relaciones internas, con el comprador, con los autores y con las autoridades, cómo configuraban sus estrategias editoriales, como valoraban el mercado en un momento u otro, etcétera. Todas estas posibilidades, explotadas desde hace varias décadas en la historiografía francesa u anglosajona², han sido poco abordadas en la española. Introduzco estas amplias reflexiones para explicar la importancia de publicaciones como la presente.

En 1789, año asociado en nuestra memoria al estallido de la Revolución Francesa, un destacado librero lionés, Jean-François de Los-Rios, daba a la prensa un breve ensayo en el que pretendía sintetizar y transmitir mediante una serie de consejos su dilatada experiencia en el mundo del comercio del libro galo al tiempo que dignificaba su profesión ya desde el título, con los epítetos de “arte” y “científico”, muy al gusto, por otra parte, de los aires ilustrados que se respiraban entonces. La obra devino ya en sus inicios en una verdadera rareza dada el limitadísimo número de ejemplares puestos en circulación; hoy en día sólo se conoce un ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Francia. Y es este original el que sirve de base para la edición española, que inaugura la colección “En 8º”, a cargo de Laura Sánchez (responsable de la

¹ Citar el estudio del archivo de la Real Compañía de Impresores y Libreros conservado en el legado Rodríguez-Moñino de la Real Academia Española por Diana THOMAS, *The Royal Company of Printers and Booksellers of Spain: 1763-1794*, New York: The Whitston Publishing Company, 1984, o el aprovechamiento de un copiadador de facturas de una editorial catalana en Manuel PEÑA, F. Xavier BURGOS, “Imprenta y negocio del libro en la Barcelona del siglo XVIII. La casa Piferrer” en *Manuscripts*, 6, 1987, pp. 184-218.

² Referencias al empleo de archivos privados en Philip GASKELL, *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón, TREA, 1998, pp. 211-219, y Henri MARTIN, Roger CHARTIER, (dir.), *Histoire de l'édition française: Le livre triomphant: 1660-1830*, París, PROMODIS, 1984, pp. 262-361 y 558-569.

traducción) y Víctor Infantes. Éste último, catedrático de Literatura Española en la Universidad Complutense de Madrid así como conocido experto en la cultura del Siglo de Oro, precede esta obra con una minuciosa introducción (pp. 5-14) poniendo de relieve el valor de este documento (el primer tratado impreso en Europa sobre el negocio librero) así como a la figura de su autor, Los-Ríos (1727-1820), destacado librero, nacido en Amberes, en una familia de orígenes españoles. Durante su juventud se dedicó al comercio ambulante de libros por tierras francesas e italianas. A partir de 1750 aparece trabajando en Lyon hasta alcanzar en pocos años la independencia económica especializándose con éxito en la venta anticuaria. A lo largo de su trayectoria publicó varios detallados catálogos amén de algunas obras de índole profesional y fuerte contenido autobiográfico. Su importancia no ha pasado desapercibida para la historiografía especializada, de la que Infantes consigna devotamente sus aportaciones. El exordio se complementa con la acertada inclusión de dos imágenes, una portada de “El arte científico...” y un grabado de su autor procedente de otra obra.

La obra de Los-Ríos, escrita en una prosa sencilla y amena acorde con su intención didáctica, se compone de una serie de breves epígrafes que introducen al lego en los usos y características del comercio del libro galo a finales del Setecientos. Estos pequeños capítulos se suceden en cuatro bloques con cierta homogeneidad temática. Primeramente encontramos un bloque (pp. 17-29) que refiere los empleados presentes en un establecimiento de librería de cierta categoría (el dependiente cara al público, el responsable del almacén, el representante o comercial, etcétera) al tiempo que detalla sus obligaciones y aporta consejos para contratar el mejor trabajador para cada puesto: se define el prototipo de “empleado activo y laborioso” en contraste con el “empleado tonto, ignorante y petimetre”. Frente al primero, acompañado por una serie de bondades (como la constancia o el interés por seguir formándose), el segundo se caracteriza por una actitud frívola en su trato y vestimenta mientras muestra su general desconocimiento por las habilidades propias del negocio. En la contratación de un trabajador o la delegación de mayores responsabilidades se valora especialmente la experiencia y la presencia de una serie de virtudes constatadas en el trato diario con el susodicho mientras que la juventud se mira con sospecha. Conseguir un empleado de confianza se constituye así en una de las principales preocupaciones para un librero de entonces y en uno de los ejes sobre los que descansaba el futuro de su negocio.

El segundo bloque (pp. 29-32 y 48-51), dividido en dos por la inclusión hacia la mitad del tercer bloque, refiere las distintas categorías en las que se desarrolla el negocio de librería (librero ambulante, el vendedor detallista, con novedades o libros de segunda mano o ambos, o el librero mayorista) planteando la ventajas y desventajas de cada elección (con especial atención a la inversión inicial que exige así como a la rentabilidad esperada). Finaliza la primera parte del este bloque con una referencia a la salida al mercado de bibliotecas privadas. Señala el autor la conveniencia del librero responsable de realizar un catálogo comentado para asegurar una mejor venta si bien también reconoce el desprestigio de este tipo de ventas entre los compradores pues muchas eran aprovechadas para colocar parte del fondo del librero.

Un tercer bloque, que aparece intercalado con el segundo (pp. 32-47), describe con mayor o menor profundidad las características de las principales ciudades y países a los que ha de dirigir el librero de Lyon su atención si quiere enriquecer su fondo de librería mediante las compras de novedades así como expandir su negocio colocando ediciones, bien locales, bien de otras poblaciones, en otros mercados; refiere así Los-

Ríos las características y potencial de cada uno (en consumo y venta), el carácter y costumbres de los libreros locales así como varias recomendaciones para ahorrarse dificultades, engaños o malas inversiones. El autor pasa así nómina a un variado conjunto de ciudades y regiones de interés para un librero francés: centros editoriales como París -al que dedica un amplio comentario reconociendo el papel rector de esta plaza-, Ruan, Aviñón, Ginebra o la propia Lyon más países como Alemania, Inglaterra u Holanda. Resulta verdaderamente curioso como Los-Ríos hace extensiva la forma de hacer los negocios de cada lugar al carácter de sus poblaciones; así, si los libreros de Lieja son “honestos y sencillos”, todo lo contrario a los de Aviñón, conocidos por sus ediciones falsificadas, en cuyos tratos hay que ser especialmente cuidadoso, los de París miran con arrogancia a los vendedores de provincias mientras que el escaso desarrollo comercial de los flamencos quita interés a sus ediciones. Sólo un apunte más con respecto a este apartado. Sorprende la total ausencia al comercio del libro español, y por extensión, el de las colonias americanas, en esta relación. Sólo encontramos una breve referencia (p. 42) a la caída de las exportaciones flamencas de este género a España desde hacía varias décadas. Es difícil explicar esta falta, no tanto por la anecdótica exportación de libros españoles a otros países, como por el protagonismo francés, pese a las políticas proteccionistas y fomentadoras de la edición nacional bajo Fernando VI y Carlos III, en la comercialización de impresos en la Península en el XVIII, bien a través de la importación directa desde suelo francés, bien por medio de las redes de libreros de origen galo repartidas por las principales ciudades³.

El último bloque (pp. 51-62) recoge una selección de la correspondencia reciente entablada por Los-Ríos entre 1787-1789. El grueso de las cartas hace referencia a un viaje entablado por nuestro librero como comercial de una casa lionesa por varias ciudades del noroeste del país y Bélgica para terminar por desplazarse hasta Londres. Otras dos epístolas nos informan detalladamente de la saturación, y la consiguiente bajada de precios, producida en el mercado con las sucesivas ediciones de las obras de Voltaire y la Enciclopedia.

De la lectura de esta obra he echado en falta en la introducción firmada por Víctor Infantes, por lo demás, perfecta, primero, una breve descripción de la historia y posición alcanzada por Lyon en el comercio internacional del libro; segundo, alguna referencia, que se termina por deducir en la lectura, al trabajo de representante o comisionista, junto con el de librero con tienda propia, ejercido por Los-Ríos para la prestigiosa casa editorial lionesa de la familia Bruyset, dato sin el cual puede confundir la lectura de la correspondencia incluso en páginas finales. Advertir, por otra parte, que pese al cuidado de la traductora -según reconoce ella misma- a la hora de diferenciar entre las referencias al libro y al tipo de moneda corriente entonces -la libra- (ambos “livre” en el francés original) en función del contexto, se desliza un error en la p. 48; en el título “Empleado que se establece con seis mil libros en especies” se debería haber traducido “livres” por “libras” pues el autor está hablando de la cantidad de dinero - 6.000 libras- invertida por un librero novel en “especies”, esto es, géneros de comercio o mercancías, o, en este caso concreto, libros.

El tratado de Los-Ríos, pese a su reducida extensión y a estar circunscrito

³ Sobre el comercio del libro francés, Christian PÉLIGRY, *Le marché espagnol en* MARTIN, *Histoire de l'édition* [...], op. cit., pp. 370-377 o Nicolás BAS, “Un soplo de aire fresco: libros franceses en los Catálogos del siglo XVIII de la librería Mallén de Valencia” en *Revista General de Información y Documentación*, 23, 2013, pp. 173-201.

únicamente al país vecino, deja una agradable fermento intelectual en los interesados en la Historia del Libro, pues ofrece una verdadera mina de la más variada información sobre los usos, mañas y estrategias seguidas en la librería francesa, información que nos proporciona un interesante espejo en el que reflejar nuestro todavía insuficiente conocimiento sobre la desarrollada en tierras españolas en el Setecientos⁴ surgiendo de la lectura interrogantes como los siguientes: ¿la librería española ofrecía un nivel de complejidad semejante a la francesa?, ¿el número y clase de trabajadores y tipos de librerías estaban igual de definidos?, ¿cuál era la verdadera geografía del comercio del libro español?, ¿cómo accedían los libreros de provincias a las novedades editoriales y cómo eran sus relaciones con los principales mercaderes de libros?, ¿cuáles eran sus herramientas de comercialización?, ¿la industria del libro de una población mostraba rasgos diferenciadores frente a la desarrollada en otro centro editorial?, etcétera.

Es de agradecer, como consideración final, el inicio de esta nueva colección, especializada en la Historia del Libro, cuyos económicos precios —junto con su carácter divulgativo pero sin perder el necesario toque erudito— la convierten en la plataforma perfecta para extender el interés, más allá del ámbito universitario, entre el público medio de una temática que en los últimos tiempos ha perdido protagonismo en la investigación.

⁴ A título indicativo señalar algunas publicaciones con las que complementar en el plano nacional esta lectura: el añejo pero indispensable trabajo de François LÓPEZ, “Gentes y oficios de la librería española a mediados del siglo XVIII” en *Nueva Revista de filología hispánica*, 33, 1, 1984, pp. 165-185; Antonio MESTRE, “Francisco Manuel de Mena: la ascensión social de un mercader de libros proveedor de la élite ilustrada” en *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 4, 1984, pp. 47-72; Pedro RUEDA, “Libros venales: los catálogos de venta de los libreros e impresores andaluces (siglos XVII-XVIII)” en *Estudios humanísticos. Historia*, 11, 2012, pp. 195-222; Gabriel ESPINOSA, “Antonio y Gabriel de Sancha, libreros de la Ilustración, y sus relaciones comerciales con Inglaterra” en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 91, 9-10, 2014, pp. 217-259